

**7- EL PESCADOR O LOS REMIENDOS DEL DESEO- Prólogo-
Louis Panabière- 1987**

Un abrir y cerrar de ojos...dos, tres, cuatro rápidos abrir y cerrar de ojos y la red de la mirada se tiende hacia el mundo. Las formas estrelladas, dispersa y escondidas son presa de las mallas y llegan hacia la mano diestra del artista Zalathiel.

Primero fue una pesca en aguas profundas. Allá donde el deseo infunde tanto miedo que toma la forma de monstruosos entre luces téticas, lúgubres. Las primeras pescas de Zalathiel nos trajeron a esos monstruos y los ha exorcizado dándole una forma, un contorno, un color.

Desde sus principios, el pintor tomó conciencia de una necesidad vital del arte, mediador esencial entre el hombre y la realidad. Comprendió que el mundo contemporáneo se negaba cada día más al hombre. El impulso humano hacia lo que debe complementarnos, la búsqueda de plenitud para alcanzar el equilibrio entre nuestras aspiraciones y el objeto del deseo que ofrece la realidad circundante están cada vez más frustrados. Zalathiel sintió que el mundo huía de nosotros, nos hería en vez de colmarnos, que nuestro cuerpo anhelante del objeto del deseo solo asía sombras, jirones despedazados. Nuestro impulso hacia el complemento que debe ser *lo otro* nos desequilibra en vez de satisfacernos. Nuestra red tendida hacia el mundo sólo recoge unos retazos fríos. Al arte le toca volver a pegar los trozos de nuestro universo estrellado, de hacer palpable el objeto de nuestro deseo dándole contornos visibles.

Primero era necesario hacer un balance. Después de sacar a la luz los monstruos invisibles que hacia nacer la ausencia de una realidad, coherente, Zalathiel se dedicó a capturar en sus redes a los monstruos demasiado visible del ambiente contemporáneo: máquinas y engranajes de acero, aceleración del tiempo, atascamiento del espacio, los universos urbanos que aplastan al hombre en vez de corresponder a sus deseos, proliferación vana e irrisoria de los objetos de consumo que sumergen y solo nos dejan la posibilidad del grito de desesperación: WOUAOUH, CRASH, AIE era las únicas expresiones humanas de los Cómics de Zalathiel en los que el universo atomizado, fragmentado, ahogaba al individuo ridículamente chico y *desequilibrado* frente a las máquinas inhumanas. Estas no dejaban ningún lugar para una dialéctica de comunicación con nuestro entorno.

Otra vez, la obra de Zalathiel trataba de exorcizar la amenaza, recogía en sus redes la borrasca de nuestro medio ambiente para fijar los vértigos en los lineamientos de la obra. Paralelamente a los cómics, los cuadros grandes del pintor tomaban la fría mecánica y al

hombre contaminado a su imagen y les deba color y calor y vida, sacándolos de su ligar agobiante con la fuerza de la ironía. La mirada crítica del pintor confería a los robots lo irrisorio de su fría inutilidad. Detrás de ellos descubrimos lo que querían esconder. Frente a una realidad domesticada, uno se adueñaba otra vez de su deseo.

Por eso sobre todo se puede decir que la obra de Zalathiel no es interpretativa ni se aleja del mundo real. Al contrario, es el retorno del realismo verdadero, el que dialoga con el hombre. El artista no rehuye un mundo que lo asusta; más bien se enfrenta con él. Lo agarra y le restituye su verdadero sentido, el de su desmembramiento más allá del cual tenemos que volver a encontrar el cuerpo del universo, objeto de nuestro deseo.

Ya que las cosas se nos escapan o amenazan de ahogarnos por su cancerosa proliferación (dos formas de desequilibrio), el artista, desde siempre captador de la unidad de la obra de la diversidad de la realidad, puede cumplir con la función de captar los pedazos, de ceñir en las mallas de su mirada y de su mano, de sus trazos y de sus colores, la atomización amenazadora, la violencia de los destellos. Había que remendar el universo ambiental desorganizado y loco para recomponerlo en un objeto coherente frente al sujeto anhelante de un diálogo, de un equilibrio enriquecedor.

Esta trayectoria, esta tentativa prometéica de reconstruir en una coherencia los objetos de nuestro deseo solo podía desembocar en las formas del *collage*. Para Zalathiel, el *collage* recobra todo su sentido. Ya no es la reunión sobre una superficie dada de elementos arbitrariamente juntados para crear un mundo surrealista. Es exactamente lo contrario: la cohesión re-encontrada de los trozos de una realidad estrellada. ¿Está perdiendo el mundo su sentido y su realidad en la explosión vertiginosa de su aceleración? Entonces aquí está el artista para recobrar los vestigios y para remendarlos, para establecer entre ellos relaciones que les dan un sentido. Este sentido tan necesario para la proyección de nuestro deseo. El mundo que se estaba helando y que se nos escapaba o se nos acercaba demasiado hasta destruirnos, ahora lo recuperamos, reunido, coherente, "repegado". Se nos presenta en un cuadro caluroso y próximo, nos devuelve la *Fuerza en equilibrio*.

Podemos ahora enriquecernos con las cosas y los seres, nuestro deseo puede recobrar al amor a su objeto, el vacío y lo frío pueden volverse plenitud y calor. La máquina ya no aplasta ya que el pintor la ha integrado a la organización de un cuerpo. El "gadget" del consumo ya no provoca la desesperación de lo inútil ya que está asimilado a un conjunto vivo que lo introduce en una

realidad con sentido. Los atributos eróticos de la mujer ya no son objetos de satisfacción efímera e inmediatos sino promesas de plenitud. La crueldad social ya no es absurda, desesperante e insignificante por su cotidiana repetición, cobra cuerpo y, al verla, tomamos conciencia de ella para mejor combatirla.

El pintor-pescador ha traído de su pesca lo que se nos escapaba, su pesca remienda lo heteróclito dándole forma y cohesión. El impulso de nuestro deseo ya no se estrella sobre lo absurdo, ya no cae en el abismo vertiginoso de lo que no tiene sentido. Un mundo reconstituido está frente a él, lo llama y le responde. Se puede enriquecer de la *Fuerza en equilibrio*.

Los collages de Zalathiel son una reconciliación.